

GEDIACH

Grupo
Latinoamericano
de Estudios sobre Dialéctica y Lucha de Clases



<https://criticadialectica.com/index.php/gediach/>

Entender los cambios en la Explotación y Alienación del Trabajo en el Capitalismo Contemporáneo para comenzar a reformular políticas hacia el Socialismo –versión completa–



"Solo por amor a los desesperados conservamos todavía la esperanza"

Walter Benjamin

La clase obrera es el sujeto nodal en todo pensamiento socialista. Para ubicarnos entre las imprecisiones y vaguedades presentes en las distintas variantes de lo que hoy se considera izquierda, entender y actuar desde un posicionamiento socialista de base marxista, implica asumir que la categoría “clase social”, y su consecuente “lucha de clases”, juegan un papel determinante para entender las relaciones sociales, y a partir de allí trabajar políticamente para transformarlas. La mirada clasista, entiende que la sociedad capitalista es una sociedad de clases antagónicas que se enfrentan en la lucha de clases, y que por consiguiente la centralidad de la clase obrera - en tanto clase explotada - en el proceso de emancipación es determinante. La clave distintiva está en la centralidad que asume la contradicción capital-trabajo, no solo como contradicción principal sino como definición estructurante del conflicto social. Sin la consideración de éstas dos variables, toda praxis o bien cae en populismo tradicional o heterodoxo (en sus distintas variantes de alianza de clases o de indefinidas lecturas de clase que se conformarían con la vaga categoría “pueblo”) o bien en movimentismo posmoderno y fragmentación de las luchas en particularidades hacia un “poder popular” (en donde la clase social es



<https://criticadialectica.com/index.php/gediach/>

negada y reemplazada por movimiento social, o colectivo social, o diversidades y particularidades), o bien en una amorfa fusión de ambas alternativas que puede incorporar incluso la categoría clase social desde una perspectiva en la cual pierde todo su potencial. En todas estas distinciones, desaparece o pasa a un plano complementario, la explotación como causa de las luchas y el objetivo de transformación a alcanzar pasa a ser o bien un “capitalismo bueno”, o bien un confuso y vago socialismo en base a supuestos inconexos, desmembrados e imposibles de reconciliar. En todas se renuncia a la revolución que elimine la explotación social y construya una sociedad socialista bajo la preminencia del proletariado (Dictadura del Proletariado).

Se hace indispensable entonces, antes que nada, un análisis de la situación del trabajo y la clase obrera en este capitalismo del siglo XXI, historiando la evolución de la organización del trabajo y la explotación social. Solo a partir de este análisis, se podrá luego esbozar algunos lineamientos de base para una precisa definición conceptual necesaria para la acción política.

1. Taylorismo, Fordismo y obrero masa

Está claro que el proceso de trabajo capitalista del cual se extrae la plusvalía que genera la acumulación constituye la forma esencial de explotación social en la sociedad capitalista, en la cual el trabajador es enajenado de sus medios de subsistencia básicos para integrarlo a un proceso de alienación, cosificación y fetichización creciente. *“La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitan a éste, en el régimen proletario actual, todo carácter autónomo, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero. El trabajador se convierte en un simple resorte de la máquina, del que sólo se exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje. Por eso, los gastos que supone un obrero se reducen, sobre poco más o menos, al mínimo de lo que necesita para vivir y para perpetuar su raza. Y ya se sabe que el precio de una mercancía, y como una de tantas el trabajo, equivale a su coste de producción. Cuanto más repelente es el trabajo, tanto más disminuye el salario pagado al obrero. Más aún: cuanto más aumentan la maquinaria y la división del trabajo, tanto más aumenta también éste, bien porque se alargue la jornada, bien porque se intensifique el rendimiento exigido, se acelere la marcha de las máquinas, etc.”* (Marx-Engels, 1848).

La llamada **Organización Científica del Trabajo** de Frederick W. Taylor, consistía básicamente en eliminar el alto grado de improvisación existente en los procesos de trabajo industriales, sin control sobre tiempos y formas, que no permitía optimizar la productividad para realizar plenamente la plusvalía. El taylorismo introdujo entonces una estructura de división de tareas, con procesos de ejecución claramente definidos y diferenciados y con tiempos de confección estrictamente controlados (cronometrados). Esto permitió un alto grado de especialización técnica de los trabajadores asignando cada uno a un puesto específico de la cadena de producción, así como un sistema ordenado de premios por desempeño. Se impuso una relativa disminución de salarios y, como contraparte, se jerarquizó el sistema

de premios en pos de aumentar la productividad; situación a la cual el obrero se vio sometido dada su intrínseca posición desfavorable en la correlación de fuerzas. Trajo además como resultado la desaparición definitiva de los pocos rasgos de artesano que aún podía mantener el proletariado de aquellos años, terminando así con una de las pocas autonomías que todavía podía tener el trabajador industrial. Para decirlo gráficamente, el taylorismo implicó incrementar la explotación del obrero en pos de obtener una mayor plusvalía. El objetivo del Taylorismo fue especializar y eficientizar el trabajo obrero, para lo cual la producción se organizó en secciones en las que se hacía un trabajo específico y en la siguiente sección otro. Estudiando los movimientos de los obreros ya especializados, se pudo diferenciar entre los que producían más y los que producían menos. A partir de esto se sistematizaron los movimientos de los primeros, instruyendo con ello a los segundos. A la clásica figura del capataz, cuya función siempre fue empujar hacia adelante la productividad del obrero, se suman los ‘toma-tiempo’, indispensables para mantener la eficiencia productiva. Trabajo y organización científica se pusieron en pos de aumentar la producción.

A esto, Henry Ford agregó el principio de que toda producción en masa, además de una organización precisa del proceso de trabajo, implicaba necesariamente de un consumo masivo, que garantizara además un sistema eficiente de reproducción de la fuerza de trabajo. El diseño y la modulación de un estilo de vida por parte del capitalismo industrial estaba en marcha plenamente. Gramsci, en sus “Cuadernos de la Carcel” ya afirmaba que “el fordismo era un esfuerzo sin precedente para crear un nuevo tipo de trabajador y un nuevo tipo de hombre, los nuevos métodos de trabajo “son inseparables de un modo específico de vivir y de pensar, y de sentir la vida”. El **Fordismo** implicó a su vez aumentos de productividad en base a organización del trabajo, economías de escala y un relativo crecimiento del salario vía mecanismos de negociación colectiva, factor este último que fue transformando al sindicalismo de “combativo” en “acuerdisto”. Así, industria, proceso de trabajo y consumo se fueron consolidando en el siglo XX desde los países centrales y con alguna irradiación, imperfecta e incompleta en general, hacia los países periféricos o del llamado “tercer mundo”. Producción en masa a partir de productos homogéneos y línea de montaje serán la base de la organización del proceso de producción, como complejización y perfeccionamiento de la producción en serie y el control cronometrado de los tiempos nacidos en el taylorismo. Precisemos que “la existencia del trabajo parcelado y por la fragmentación de funciones; por la separación de ejecución y elaboración en el proceso de trabajo; por la existencia de unidades fabriles concentradas y verticalizadas y por la constitución/consolidación del operario-masa, del trabajador colectivo fabril...” (Antunes; 2003:20) constituyen un dispositivo mediante el cual el capitalista se apropió del control total del proceso de producción despojando a los trabajadores de ese conocimiento.

El consumo de masas implicó una contundente participación del Estado para generar las condiciones que posibilitaran una alta demanda necesaria para un sistema de producción que ampliaba fuertemente la oferta. Además hubo que vencer una difícil adaptación de la masa trabajadora a una propuesta de trabajo

basada en la pura rutina repetitiva, dejando de lado cualquier habilidad particular. El casi colapso del capitalismo en la década del '30 fue, sin dudas, un importante acicate a ésta restructuración, además de la competencia que el socialismo soviético le estaba proponiendo en términos de satisfacer las necesidades materiales de las masas. "El fordismo dependía de que el Estado nacional asumiera un rol muy especial dentro del sistema global de regulación social" (Harvey; 1998:159). Esta nueva estrategia de acumulación estuvo asociada, en pos de aumentar la capacidad de consumo de la población, de tal manera, justamente, que esto posibilitara mejorar sus condiciones de vida, claramente paupérrimas en la etapa inmediatamente previa del capitalismo. De alguna manera, a la concepción del trabajo como mera mercancía comprada y vendida en el mercado, se le adosaron una serie de condiciones contingentes que enriquecían, vía el consumo, su estilo de vida, por definición austero. Mecanismos estatales diversos se implementaron con el propósito de construir un sistema de demanda en pos de superar las fases de depresión previas y poder competir con el socialismo creciente, construyendo una imagen del capitalismo en tanto sistema económico-político que efectivamente permitía un "american way of life" para la clase trabajadora, ocultando así la realidad de la explotación característica de la producción en una economía de mercado. Pleno empleo o casi, ingresos acordes a un gasto sostenido, seguros de desempleo para cubrir los baches, leyes de salario mínimo y extensión del sistema de seguridad social fueron los mecanismos más importantes implementados con el propósito de instalar y sostener el sistema fordista. La cadena de montaje sistematizaba todavía más la producción, perfeccionando y complementando las innovaciones tayloristas. Ya no se movía el obrero, sino la pieza en la línea de montaje, aumentando así de manera notable la productividad. La línea de montaje fordista, que junto a la estrategia del pleno empleo keynesiana, permitieron aumentar la producción para un mercado de consumo en crecimiento, mejorando la calidad de vida material de la clase trabajadora, sin anular en absoluto la explotación del trabajo, única fuente de plusvalía. Todo esto significó un barniz cosmético al proceso de dominación capitalista, aumentando la productividad industrial, el consumo y el nivel de vida material del obrero (reduciendo en un mínimo la tasa de ganancia burguesa), y logrando además un descenso relativo de la conflictividad laboral. Así los sindicatos, actores centrales para que las transformaciones en el mundo de la producción sean posibles se permitieron bajar su grado de radicalización en pos de sostener el sistema de consumo y pleno empleo. El Mayo del '68 representó, de alguna manera y entre otras cosas, la reacción del movimiento estudiantil e intelectual al relativo adormecimiento sindical.

Fueron aquellos, los años del llamado "**obrero masa**", en el período de máxima expansión de la economía capitalista cuando se alcanza la madurez de la producción en serie (Negri, 1981; Sánchez-Pinilla, 2009). En este contexto las políticas llevadas a cabo en los países desarrollados apuntaron a volver más habitable las ciudades y el campo, claves para el desarrollo industrial y agropecuario modernos, con obras de infraestructuras diversas para la producción y la circulación, como a través de políticas focalizadas para la población trabajadora, se orientaron hacia la construcción de viviendas populares, programas sanitarios que abarcaron desde el

control de la calidad de los alimentos hasta campañas masivas de vacunación, implementación de sistemas masivos de instrucción pública, teniendo esto como consecuencia un descenso más que notable de la mortalidad, así como del analfabetismo.

La consolidación de los sistemas democráticos con voto universal en occidente, la paulatina emergencia de los medios masivos de comunicación (los diarios y básicamente la televisión) como poderosas herramientas de propaganda y control ideológico, las industrias culturales, el cine de Hollywood o, en síntesis, lo que Guy Debord llamó “sociedad del espectáculo”, más la industria del confort, con la difusión de electrodomésticos y la masificación del automóvil como ícono de progreso y ascenso social, la aparición de la recreación o entretenimiento como nuevo consumo de masas, abrió un proceso que tuvo en términos políticos, consecuencias positivas para los intereses del capital, pues apaciguó notablemente los movimientos de protesta radical de la clase obrera, ya que esta se vio incorporada, al menos en parte, a los estándares de consumo de la sociedad moderna, y el conflicto se canalizó en gran medida hacia la disputa electoral.

A pesar de esto, el llamado “Otoño Caliente Italiano” irrumpirá, a inicios de los años ’70, como saeta fuertemente disruptiva, en una revalorización de la organización obrera, que a partir de nuevos bríos y recuperando su potencial de cambio, intenta hacer frente a esta nueva “panacea” capitalista en pos de su transformación, es decir ya no solo en pos de reivindicaciones sesgadamente “sindicales”. Serán años de fuerte debate y organización social, que mostrarán que la contradicción fundamental, a pesar de los nuevos antagonismos de los ’60, nunca deja de estar presente mientras persistan las condiciones de base, es decir, la existencia de la burguesía como clase explotadora, y el proletariado como única clase productora, enfrentadas por intereses antagónicos.

2. Acumulación Flexible y obrero social

Entrados los años ’70 se comienza a gestar una crisis profunda de los patrones de acumulación capitalista que cambiará el rumbo hasta el presente. El estancamiento económico en la mayor parte del mundo occidental, caracterizado por una estanflación (con alto desempleo y alta inflación) puso fin a la expansión económica de la edad de oro del capitalismo. Como causas fundamentales de la recesión podemos citar a la “crisis del petróleo de 1973” que trajo más inflación y reducción de la tasa de ganancia por aumentos de los costos de producción en los países industriales (debido a la restricción de venta a los países occidentales y aumento del precio gestado por la OPEP dado el conflicto imperialista que se movía atrás del expansionismo israelí), y la caída del sistema de Bretton Woods (que había establecido el fin del proteccionismo post segunda guerra mundial que favorecía así el librecambio internacional, regulado a partir de la creación del Banco Mundial y el FMI, a partir de la hegemónica economía yankee).

Aquí surge la oportunidad, de parte de las posiciones más conservadoras, de cuestionar la excesiva presencia estatal en los resortes económicos. Las amplias reglamentaciones gubernamentales que regulaban (“obstruían”) la “libre dinámica del mercado” y la “desmedida extensión de los gastos públicos” (entregando subsidios, gestionando empresas, etc.), explicaban la inflación, según el credo ortodoxo. Así, el mercado debía actuar libremente, incluidas las áreas de vivienda, salud, educación y seguridad social. Se gesta así el llamado “neoliberalismo” que se extiende hasta el presente.

El mundo de la producción y del trabajo se modificará en consecuencia, sumando además el creciente cambio tecnológico y el aumento de la automatización necesarios para abastecer ahora a un mercado mundial ya casi sin restricciones. Se genera un proceso de compresión espacio-temporal (decisiones más inmediatas para un espacio de negocios ampliado) que tornaron obsoletos a los mecanismos fordistas de producción y consumo. Nace así lo que se dará en llamar el proceso de **“Acumulación Flexible”** que necesariamente implicará una creciente flexibilización de del trabajo y las relaciones laborales, llegando a lo que se denomina como “precariado” en este crítico presente.

Para esos años también entra en crisis el sistema soviético, cayendo definitivamente hacia finales de los ’80. Desaparecida la competencia política comunista, la maximización de ganancias volvió a ser el objetivo único de la economía capitalista. Esto conlleva a que la ecuación costo-beneficio será casi el único principio a tener en cuenta por el Capital, siendo el trabajo, obviamente un costo. El salario, variante fundamental para el sostenimiento del pleno empleo y la realización de la plusvalía durante el fordismo, pasó a ser otro elemento de la competitividad internacional fungiendo así de variable de ajuste para la producción.

Más allá de la discusión que se ha entablado respecto al alcance de las transformaciones en el capitalismo mundial, en relación a la jerarquía que van asumiendo los aspectos industriales y financieros en el nuevo esquema de negocios (Sztulwark y Míquez; 2012); lo que si queda claro es también la importancia creciente que asume el perfil financiero, siempre coligado a la producción, en esta nueva etapa del capitalismo.

Quien se considera el pionero de la acumulación flexible fue Toyota, de ahí que también se lo identificó, especialmente en las primeras décadas de este ciclo, como **Toyotismo** (Coriat, 1992). Se comenzó a concebir un sistema justamente a la inversa de lo pensado por Taylor y Ford: en lugar de la producción homogénea en masa, la alternativa fue la producción a bajo costo de volúmenes limitados de productos diferenciados y diversos. De la producción homogénea, estandarizada y de gran volumen se pasó a la producción heterogénea, diversa en apariencia y de pequeños volúmenes, como tendencia en crecimiento. De lo que se trata es de poder hacer frente a las fluctuaciones tanto en calidad como en calidad de la demanda. El tamaño de la fábrica se ajustó a estos nuevos requerimientos, así como los equipos y el personal. Fue disminuyendo y hasta desapareciendo la táctica del stock, tan característico del fordismo, para pasar a pensar en la demanda

focalizada y precisa “just in time” (justo a tiempo). Esto conllevó una flexibilización del trabajo, una des-especialización de los obreros, y por supuesto en el máximo rendimiento del trabajo vivo, basado ya no en la repetición sino en la aplicación particularizada que incluye, incluso, cierta “creatividad” y participación del trabajador tanto en la ejecución como en decisiones últimas (nunca las de base) para eficientizar la producción, sistema llamado de “calidad total”. Claro está, de la mano de una creciente tecnologización vía los dispositivos electrónicos e informáticos. Vale aclarar que estos cambios se fueron y siguen produciendo de manera diferencial y gradual, tanto en áreas productivas como en empresas, permaneciendo en muchos casos mecanismos de claro perfil taylorista-fordista, generando incluso espacios de convivencia entre los distintos dispositivos de organización del trabajo.

Para poner en un contexto más integrador el desarrollo de la acumulación flexible y las transformaciones consecuentes de la clase obrera, vale remitirnos a ciertos procesos, sin los cuales los cambios en la organización del trabajo difícilmente puedan comprenderse de manera cabal y dialéctica.

Cuando el Estado de Bienestar llegó a sus límites, lo hizo también la paciencia de los grandes grupos económicos concentrados (que igualmente nunca dejaron de crecer en tamaño y en oligopolización, pero como sabemos, la maximización de ganancias, por propia definición, no tiene límites). Estando el “mundo libre” en marcada ventaja frente a las experiencias socialistas en fuerte crisis, es que se produce a partir de mediados y fines de los ‘70 el amplio proceso de reestructuración de las relaciones sociales y económicas cuyo horizonte es la emergencia de una nueva racionalidad socio-productiva y la nueva configuración, tanto de las relaciones de poder como de las pautas de sociabilidad. Como se dijo, el objetivo no es otro que la disminución del costo laboral y el consecuente aumento del beneficio empresarial y la expansión económica. Al mismo tiempo, se dio un obvio proceso de reacción del capital contra el creciente y cada vez más compareciente antagonismo de clase, que se venía dando con el proceso de formación del obrero masa. Ante las luchas obreras de los inicios de los ‘70, la reacción del poder político-económico propondrá una estrategia compleja que combina la manipulación del proceso inflacionario más la descentralización de los centros productivos, para al mismo tiempo fortalecer la centralización del dominio de clase. *“Para el capital la solución de la crisis consiste en una reestructuración del sistema que diluya y reintegre a los componentes antagonistas del proletariado en el proyecto de estabilización política ya que todos los elementos de desestabilización introducidos por la lucha obrera contra el Estado han sido paulatinamente asumidos por el capital y transformados en instrumentos de reestructuración”* (Negri, 1979:25). Se amplían y perfeccionan los mecanismos de dominación, y los procesos de alienación se magnifican al permear, más todavía, todos los ámbitos de la vida. Aquellos que eran contrastados y visibilizados por las nuevas fuerzas de protesta en los ‘60 quedarán definitivamente ocultos y la colonización del mundo de la vida es llevada a su máxima expresión. La adicción quasi grotesca del presente a los mass media y las redes digitales, y como estos son enérgicos formadores de opinión, es una muestra elocuente de este fenómeno iniciado unas décadas atrás. Y esto se dará, obviamente, en conexión directa con

el mundo productivo. Es que la fábrica ya no existirá solo como unidad de producción y como organización, sino también como centro condicionado de programación y decisión, lugar de negociaciones sociales. Se expanden las relaciones mercantiles hacia todas las relaciones sociales: educación, trabajo, descanso, diversión, cultura, vida familiar y social, etc. Y especialmente se profundiza la lógica del consumo y el ocio más que nunca. No solo será un objetivo a alcanzar, por cuanto define status y calidad de vida, sino que la figura de la mercancía también impregnará todas las prácticas. De modo paradójico, la fábrica y el espacio delimitado de la producción perderán su lugar hegemónico, para que la sociedad entera que se constituye como un “mercado total” (Galafassi, 2002). Podemos hablar entonces de un centro de producción difuso, lugar de conformación de nuevos patrones de influencia y legitimación y de constitución de nuevos imaginarios, en donde la perspectiva e identidad de clase será cada vez menos diáfana y más, por el contrario, fantasmal. Como resultado, el obrero masa se transforma progresivamente en **obrero social** (Negri, 1981, Sánchez-Pinilla, 2009). Los nuevos horizontes de lucha y organización ya no serán necesariamente el salario y la máquina. Ahora el eje aglutinador se complejiza y dificulta, y la cooperación laboral se llevará de manera indirecta vía la comunicación de información y de saberes, y sobre ésta el capital ejercerá más que nunca su capacidad de dirección, expropiación y alienación. Como se dijo, los medios masivos de comunicación serán entonces un factor clave a este respecto.

3. El “fin del trabajo”

La acumulación flexible, además de ir de la mano de la flexibilización del trabajo, generó en consecuencia altos niveles de desempleo estructural, destrucción de las calificaciones previas y reconstrucción de calificaciones (obviamente en desmedro del trabajador), escasos o nulos aumentos en el salario real. Además, un importante y creciente retroceso en la capacidad sindical para ejercer su poder de demandas, regulación y reivindicación por los derechos de la clase obrera, sus ingresos y condiciones de trabajo. La degradación en la estabilidad del trabajo le impuso fuertes limitaciones al poder sindical en cuanto a su competencia para agrupar a la masa creciente de trabajadores temporarios y precarios de la ascendente economía informal. Junto a esto, aparece la profunda degradación política de toda o casi toda la estructura sindical que abandona toda perspectiva, no solo clasista, sino incluso meramente reivindicativa de las condiciones de trabajo. Ya sin casi ningún apoyo o contención estatal, por cuanto ahora fue justamente el Estado capitalista quien invirtió los objetivos, y perdido ideológicamente, el movimiento sindical fue incapaz de enfrentarse con entereza a la tendencia cada vez mayor de flexibilidad laboral y desregulación de las condiciones de trabajo y contratación. Obviamente disminuyeron además las tasas de sindicalización.

Este debilitamiento sindical, junto a los niveles de sub y desempleo y a la volatilidad propia de la acumulación flexible, favoreció una implementación más acelerada de los mecanismos de flexibilización laboral. La burguesía empleadora, ni lerda ni perezosa, impulsó contratos laborales más a su conveniencia, elastizando los

horarios así como la cantidad de horas de trabajo junto a la diversidad de las tareas. El empleo regular comenzó a ser no mucho más que un recuerdo, imponiéndose contratos o subcontratos de trabajo temporarios.

Ahora bien y en una escala ascendente de explotación y alienación del trabajo, el taylorismo inicia las tareas extrayendo al máximo posible el esfuerzo físico al obrero sin que el obrero sea participe de estas decisiones. El fordismo, en pos de incrementar los rendimientos manteniendo como mínimo el mismo esfuerzo, instaló un mayor entrenamiento técnico del trabajador, quien debía poder leer plantillas y operar una máquina, pero sin tampoco participar de esto. Pero el toyotismo introduce, además de la extracción del esfuerzo físico, la explotación de sus inventivas e ideas para mejorar lo específico del proceso productivo. Se disminuye o elimina el stock, reduciendo en consecuencia costos de almacenamiento, y la producción se ajusta y se pone en marcha a la partir de la demanda específica. Pero otro rasgo altamente distintivo es el conocimiento que se le expropia al obrero, quien aporta su experiencia y su sabiduría del proceso de trabajo en los grupos de ‘calidad total’ para reflexionar colectivamente sobre la mejor y más eficiente forma de producir. Pero esto de ninguna manera implica cambiar de manos el poder, que sigue siendo del Capital. Y como todo fetiche posmoderno-neoliberal, se presenta todo bajo el precinto de la participación individual y la colaboración individual en una democracia de discurso en pos del aumento de la calidad en la relación producto-consumo. Una nueva cosmética que solo eficientiza la extracción de plusvalía al mismo tiempo que perfecciona la sumisión autosatisficha del obrero social.

Es entonces que una alta fragmentación obrera, más una alta diversidad en las condiciones de flexibilización y un notable abandono sindical fueron el combo fundamental para un avance descomunal del capital por sobre el trabajo, solo equiparable a los inicios del capitalismo.

De más está decir que todos estos cambios afectaron no solo las condiciones materiales del trabajador, sino también su subjetividad, por cuanto se fue introduciendo la conciencia de prescindibilidad, y el éxito asociado exclusivamente a las capacidades y motivaciones individuales. Conseguir trabajo y tener una buena remuneración dependía exclusivamente de las habilidades del trabajador. Tal el nuevo credo asociado a la perspectiva ideológica que emana de las matrices neoliberales y posmodernas vigentes hasta el presente. A partir de esta condición, algunos autores señalaron el “fin del trabajo”, o el fin de la sociedad laboral asentada en el salario. La cultura obrera habría llegado a su fin, así como la utopía colectiva asociada: “*el individuo socializado por el consumo no es ya un individuo socialmente integrado sino un individuo incitado a querer ser él mismo distinguiéndose de los otros y que no se les parece más que por su negativa a asumir mediante una acción común la condición común*” (Gorz; 1997:69). En realidad el trabajo no se terminó, no podría, por cuanto no habría de donde extraer la plusvalía y sería, en consecuencia, el fin del capitalismo. Lo que fue apareciendo fue todo un abanico de alternativas de trabajo sin casi ninguna protección y seguridad, en una “panacea” de las relaciones laborales capitalista del salvaje quien

pueda. "Desde antes del agravamiento de la crisis presente, el trabajo progresivamente ha dejado de asegurar una integración social suficiente. La progresiva disminución del volumen de trabajo socialmente necesario acentuó esta evolución y agravó la desintegración de la sociedad. Ya sea que adopte la forma de desempleo, de la marginación y de la precarización o la de una reducción general de la duración del trabajo, la crisis de la sociedad basada en el trabajo (en el sentido económico) obliga a los individuos a buscar en otra parte que no sea en el trabajo fuentes de identidad y de pertenencia social, posibilidades de desarrollo personal, actividades cargadas de sentido, mediante las cuales pueden ganar la existencia de los demás y de sí mismos" (Münster, 2009:41).

Podríamos hablar del avance de una sociedad gradualmente más degradada para la clase trabajadora en general, que se manifiesta obviamente de forma diferencial y heterogénea, como contrapartida a la faceta flexible y conveniente para el capital. Si bien el desempleo fue creciendo gradualmente (de manera más aguda para los países latinoamericanos que venían de décadas de una condición opuesta como Argentina), esto no implicó ni inactividad ni ausencia del Estado, pero si transformaciones en las maneras de intervenir. La baja de salarios y la desocupación obligó al Estado a instalar una asistencia social cada vez más importante, de manera de no terminar en un resquebrajamiento del tejido social, cuyas consecuencias son siempre imprevisibles para los intereses del poder, y mucho más en aquellos países que anteriormente poseían un alto nivel de integración.

4. De la flexibilización a la precarización

Junto con la desocupación, las formas del empleo han venido cambiando, así como las normativas del Estado y las leyes. Nos vamos enfrentando a la aparición y difusión creciente de contratos temporales, subcontratación o incluso la proliferación de actividades por debajo del empleo, como, por ejemplo, las pasantías. Respecto de esto último, vale mencionar que tanto los gobiernos más liberal-conservadores así como aquellos social-liberales –llamados progresistas– han implementado estas recetas por igual, solo con diferencias de matices. Para la Argentina por ejemplo, el gobierno progresista del peronismo Kirchnerista promulga, en el año 2008, la ley 26.427 que habilita a las universidades públicas a implementar el sistema de pasantías como formas de dotar de trabajadores gratuitos al capital, bajo la diatriba de la "formación práctica" del estudiante.

Esta flexibilización de las formas de trabajo permitió y promovió también la emergencia de "pequeñas empresas" a partir de la doctrina del emprendedurismo que vino de la mano con el regreso de viejos sistemas de trabajo doméstico, artesanal, familiar y paternalista. Sencillamente el renacimiento de formas de producción a destajo y el florecimiento de economías en negro y clandestinas, como renovadas maneras de supervivencia para los desempleados, sea tanto desempleo total o parcial. Todas nuevas formas de la precarización del trabajo y los trabajadores. Las llamadas "economía de plataforma" no son otra cosa que una

variante “cool” de estas nuevas formas. Todas estas nuevas condiciones desfavorecieron abiertamente cualquier instancia de sindicalización, por cuanto tanto a nivel de relaciones estructurales como a partir de la cultura del emprendedorismo, se genera un clima “ficticio” de relativa autonomía y de separación individualista respecto a la clase trabajadora.

La desprotección absoluta está así a la orden del día, bajando exponencialmente el “costo laboral”, lo que conlleva indisolublemente a una maximización de las ganancias. Además, la producción en series pequeñas en tanto novedad frente a la gran escala, y la subcontratación permitieron superar rigideces del fordismo. Rigideces que ya no son necesarias ante el nuevo escenario del extremo individualismo y la desintegración social planteados por el neoliberalismo y posmodernismo que reconstruyeron un mercado de consumo altamente desigual, velozmente cambiante y particularmente fragmentado. Es el escenario soñado por el Capital.

Si bien de ninguna manera se está afirmando que la heterogeneidad de las formas que asume el trabajo y las relaciones salariales es una característica que solamente se da en el presente, es cierto también que esta heterogeneidad, más una marcada diferenciación laboral, asociada también a la desprotección del trabajo, alcanzan hoy en día, quizás los niveles más altos.

A finales del siglo XX ya Gorz (1997) definió dos situaciones/tendencias marcadamente dispares en la relación capital-trabajo en este presente capitalista. Una sociedad dual en donde por un lado tenemos un empleo asegurado con trabajadores socialmente integrados, pero que terminan siendo una élite privilegiada frente al proceso cada vez más difundido de segmentación y desintegración de la clase obrera. Condición ésta última en donde nos encontramos con un trabajador autonomizado, con mayores exigencias de rapidez y flexibilidad y al mismo tiempo con una situación mucho más inestable.

Harvey (1998), por su parte, también identificó una estructura del mercado laboral más fragmentada, con un núcleo como el primer grupo de Gorz, que es considerado indispensable para el futuro de la organización a largo plazo, siempre que muestre posibilidades de adaptación y flexibilidad a las condiciones cambiantes de la producción y la dirección capitalista. Y en un segundo caso, con características más periféricas el cual a su vez presentaría dos situaciones diferentes. Por un lado trabajadores de tiempo completo, pero menos cualificados, con no muchas posibilidades de integrar una planta estable a largo plazo y por tanto de alta rotación. Y por otro, empleados temporarios, de tiempo parcial, con todavía menor seguridad y estabilidad. Este último es el que viene creciendo en número, a contramano del primero cada vez más reducido.

Castel (2010) va también en un sentido similar, haciendo hincapié en el crecimiento del grupo más desprotegido con asalariados pobres que necesitan asistencia social, más un grupo de trabajo altamente informal e inestable o directamente desocupado. Por su parte, Sennet (200) nos habla de un “capitalismo de corto

plazo” o “capitalismo impaciente” en donde las empresas operan como redes que redefinen permanentemente su estructura, por cuanto flexibilidad y cambio están a la orden del día, o más bien, y podríamos agregar nosotros, de la estrategia redefinida de maximización de ganancias. En cambio de lazos construidos a base de lealtad, permanencia y servicio, la fuerte tendencia, ya la marcaba Sennet para los inicios de este milenio, se identifica por vínculos débiles con formas fugaces de asociación, con cambios recurrentes de tareas y personal, que redunda lógicamente en desapego y cooperación superficial entre los trabajadores.

Queda claro entonces que en esta nueva etapa del capitalismo neoliberal del siglo XXI las relaciones laborales (en las sociedades industriales de los países avanzados y en los sectores más modernizados de los países periféricos) ya no se estructuran primordialmente a partir del empleo formalizado y estable, por lo cual una buena parte de la clase trabajadora, aquellos que podríamos caracterizar como “excluidos” (marginados, precarizados, vulnerables) o que fluyen en el borde de esta condición, ya no estructuran sus vidas en torno a la necesidad de acceder a él. Se presentan entonces, fundamentalmente en base a la condición etaria, aquellos que pasaron de una situación de trabajadores antes plena o mayoritariamente integrados (más o menos flexibilizados) a esta nueva situación de desestructuración y desestabilización, o aquellos otros que directamente nunca conocieron la integración y nacieron en una condición permanente (o casi) de precarización. Obviamente que en muchos casos la condición fluctúa entre una integración débil y temporal y la precarización, lo cual solo nos define un matiz dentro de los lineamientos fundantes de máxima maleabilidad de las condiciones del trabajo. La alternativa que encontraron tanto gobiernos progresistas así como neoconservadores para el segmento más precarizado o directamente desempleado, es el plan social, pero no de carácter temporal, sino eterno, por cuanto el capitalismo flexibilizador se profundiza cada vez más, dictándole el rumbo a los gobiernos de turno. Tenemos así desempleados formales eternos, con acceso temporal a tareas precarias, siempre en negro, en el mejor de los casos.

Guy Standing (2011) define a la precarización como un proceso en el cual los sujetos son sometidos a presiones y experiencias que redundan en una existencia frágil, configurando una experiencia de vida sometida a incertidumbres acerca del presente y el futuro, construyendo así identidades inseguras y carentes de un sentido de desarrollo posible por medio del trabajo y el estilo de vida, tal lo fue mayoritariamente en la última mitad del siglo XX en los países desarrollados o en las áreas y sectores más dinámicos del subdesarrollo. Es interesante además el planteo de Standing, por cuanto apela a la idea de la comodificación (mercantilización) de las relaciones sociales, dado que ya habríamos superado la economía de mercado para entrar directamente a la “sociedad de mercado”. El antecedente de esta idea ya está en Karl Polanyi y su “La Gran Transformación” (1944), y antes obviamente, en Karl Marx. La comodificación refiere al proceso fundante de la economía y sociedad capitalista que transforma los objetos, bienes, o incluso ideas y objetos usualmente no considerados bienes transables, en mercancías. Polanyi entonces nos habla de una institucionalización social y política del “mercado”. De lo que se trata, es de la conversión de los factores productivos

-trabajo humano, tierra, naturaleza- en mercancías intercambiables en el mercado. El mercado no es una organización natural de intercambio, como lo veía Adam Smith, sino que el mercado es una institución social, que además tiene por supuesto una concepción antropológica individualista, atomista y egoísta de la condición humana, la que tampoco es natural.

Sin lugar a dudas, la flexibilización primero y la precarización después son pasos fundamentales a esta comodificación total de la sociedad.

Los empleos resultantes de la aplicación de modelos flexibilizadores sobre la relación de trabajo permitieron la aparición de empleos que se caracterizan por una diversidad acomodaticia al capital respecto a la duración y finalización del contrato de trabajo. Es así que existen contratos por algunas horas, por temporada, por alguna eventualidad; en lugares de trabajo diferentes por vez o en el hogar, con actividades también cambiantes e incluso simultáneas, salarios ajustados por objetivos o productividad. La relación con el empleador puede ser a través de un tercero -tercerización- y éste a la vez puede establecer subcontratos. Estas formas flexibilizadas y precarias no solo son legales, sino que además se fragilizan más a partir de formas de contrato no registradas. Si bien aún persisten en la legislación del trabajo ciertos principios "protectorios" y de seguridad social, solo son aplicables para los trabajadores formales, quedando los precarizados fuera de estos derechos. Existen también figuras intermedias-precarias –sin importar demasiado su supuesta ilegalidad-, donde podría hablarse de "solapamiento". Cómo por ejemplo, un empleado trabaja cumpliendo horarios y directivas -relación de dependencia-, pero factura como vendedor de servicios -por tarea terminada, cuenta propia-, o se declara la mitad del sueldo real devengado y el resto es cobrado "en negro", a ello pueden sumarse inconvenientes en recibos de sueldo, no respeto de días libres, horarios, horas extra, entre otros (Favieri, 2017).

Debieramos agregar parcialmente a la precarización el llamado "capitalismo de plataforma". Digo parcialmente, por cuanto en él encontramos un rango que va de la inseguridad e inestabilidad total con bajísimos salarios, a aquellos otros, que por su especialización, se caracterizan por condiciones e ingresos totalmente opuestos a los recién descriptos. Nick Srnicek escribió al respecto, "se barajan términos como economía compartida (sharing economy), economía del trabajo temporal (gig economy) y cuarta revolución industrial, esparcidos con tentadoras imágenes de espíritu empresarial y flexibilidad. Como trabajadores vamos a ser liberados de una carrera permanente y se nos a dar la oportunidad de hacer nuestro propio camino vendiendo los bienes y servicios que queramos ofrecer. Como consumidores, se nos presenta una cornucopia de servicios on-demand y la promesa de una red de dispositivos conectados que nos satisfagan hasta el más mínimo antojo... plataformas, big data, fabricación aditiva, robótica avanzada, aprendizaje automático (machine learning) y la internet de las cosas (se refiere a la red que interconecta objetos físicos y personas valiéndose de internet, concepto surgido en el MIT Instituto Tecnológico de Massachusetts)". Sin lugar a dudas, la comodificación en su máxima expresión y en la más alta gama tecnológica hasta el momento.

Podemos entonces resumir a la precarización laboral como aquella situación en la que los trabajadores tienen condiciones laborales frágiles, limitadas, inseguras e inestables. Se caracteriza por la inestabilidad laboral, los contratos poco formalizados, precarios y con incertidumbre en su duración, los salarios bajos, la relación laboral ambigua, la escasa o nula protección frente a las adversidades en el trabajo y al despido, el trabajo parcial por horas, la subcontratación en cadena, la precarización legal disfrazando al precarizado como un falso autónomo (Avenel y Thibault, 2006; Cano, 2007; Fernández Massi, 2014)

Es imprescindible agregar que toda esta situación de flexibilización, descalificación, heterogeneidad y precariedad laboral (manifestada en diferentes planos) promovió procesos de competencia entre los diferentes estratos salariales, quebrando homogeneidades y rompiendo solidaridades asentadas en condiciones colectivas de trabajo compartidas. Las transformaciones en la organización del trabajo impulsaron procesos de rivalidad y disputa entre iguales, antes que mecanismos de camaradería y conciencia de clase, impulsando el despliegue de estrategias individuales más que colectivas. La lógica individualista y de resignación social de la sociedad neoliberal-posmoderna se hizo carne en el mundo de los trabajadores también. Esto redundó fuertemente en la pérdida del poder de negociación de los trabajadores frente a la burguesía, desfavoreciendo además, de manera clara, la creación o consolidación de un ámbito de solidaridad laboral que permita a su vez alguna clase de solidez sindical. De esta forma, la lógica que se imprime en la clase obrera, es la del sálvese quien pueda, por cuanto hoy estoy y mañana quizás ya no. La estrategia individual, opuesta a la del colectivo y por lo tanto a la de identificación de clase, termina primando. En consecuencia, la precariedad, flexibilidad y desprotección del trabajo es doble, tanto en lo laboral organizativo-estructural propiamente dicho, como en la oportunidad de entablar alguna demanda estable en términos de articulación obrera.

Si el Taylorismo representó la llegada del “método científico” para mejorar la explotación de la que es objeto el obrero en pos de maximizar la plusvalía; el Fordismo encarnó el perfeccionamiento a partir de aumentar la eficiencia vía la cadena de montaje. Para de esta forma completar las diferentes instancias de las relaciones sociales capitalistas, permitiendo consumar la fórmula D-M-D’ al habilitar un consumo más ampliado para la clase trabajadora, en un contexto de pujía total con el sistema comunista en pleno avance planetario. Y finalmente, con la acumulación flexible se trepa un escalón en la eficiencia de la explotación. Este programa utiliza dispositivos muy hábiles, y perversos, para, por un lado ajustar la producción a la demanda a partir del mecanismo de “just in time”, y al mismo tiempo, además de la fuerza de trabajo, extraer también las ideas del trabajador a través de su concepto de “calidad total”. Al involucrar al obrero en la toma de decisiones, se disfraza así un mecanismo para incrementar las ganancias del capital en un instrumento de “protagonismo obrero”. Dado que la flexibilización también incluye, necesariamente, unas relaciones de trabajo más flexibles, se rompe con la estabilidad y el pleno empleo del Fordismo para instaurar la incertidumbre permanente en un camino sin retorno hacia la precarización que representa un

panorama de total inseguridad para la masa trabajadora a la hora de procurarse un sustento. De aquí la contemporánea figura del precariado como el escalafón más lábil de la clase trabajadora, pero el más deseado por el Capital. De más está decir, que todo este deterioro solo fue posible tras la caída del socialismo realmente existente a nivel externo, y la concatenada disminución de la sindicalización y el poder de resistencia de los sindicatos a nivel interno del mundo capitalista. Esto posibilitó un avance concentrador del capital productivo y financiero, hacia niveles de oligopolización y monopolización nunca antes visto.

Es esta dispersión y alta diversificación obrero-laboral, junto al avance del fetichismo individualista lo que hace que toda lucha anticapitalista sea cada vez más difícil y trabajosa, los mecanismos de dominación se han perfeccionado al máximo, infectando incluso a la izquierda con la ideología woke, que es solo una ideología de las particularidades liberal que reemplaza lucha de clase por lucha de minorías y parcialidades. El éxito momentáneo del Capital es abrumador, condición obligada a tener en cuenta para la construcción de todo camino alternativo. La actualmente “auto-percibida” izquierda luego de la derrota que significó la caída del muro de Berlín, y frente a las transformaciones de sus sujetos (los obreros), se ha limitado a legitimar disputas identitarias (woke), perdiendo la centralidad de la contradicción fundamental capital-trabajo.

Históricamente la clase obrera y complementariamente el campesinado fueron los sujetos del cambio, los sujetos revolucionarios en términos objetivos; luego debieran darse una serie de condiciones subjetivas para que esto se hiciera efectivo. Pero hoy en día, dada la complejidad que ha asumido lo que podemos identificar como clase obrera expandida o diversificada, es muy fácil sostener, como lo hacen las “teorías de la multitud”, que ya no es más el sujeto del cambio, pero sin embargo lo sigue siendo, aunque su pasaje de clase en sí a clase para si, sea mucho más compleja y mucho más mediados a partir de una diversidad de dispositivos ideológicos que fueron acompañando al proceso de flexibilización y precarización. Atendiendo a esta enorme diversificación de las fracciones de clase trabajadora, y que en algunos casos la sitúa en el mismo límite objetivo de clase, descentrándola todavía mucho más en términos subjetivos, de su de su autopercepción de explotado, la estrategia de intervención debe necesariamente situarse desde y hacia esta complejización de la clase, lo cual no implica aceptar el postulado de la “multitud”, pero tampoco seguir pasivamente sosteniendo una perspectiva que ve a la clase obrera no mucho más que la clásica clase trabajadora del taylorismo-fordismo, mucho más homogénea en todas sus características, tanto objetivas como subjetivas, que lo que es en el presente.

Intentando elaborar algunos primeros lineamientos de definición político-conceptuales

Entrar en las últimas décadas del fin del milenio y del siglo XX y en los inicios del siglo XXI implica pasar de la revolución social como objetivo “palpable y planteable”, a no mucho más, por ahora, que un recuerdo de aquella. Implica pasar de las



rivalidades políticas entre bloques mundiales, entre estrategias geopolíticas y entre la rivalidad comunismo versus capitalismo a una multipolaridad capitalista en donde la discusión más avanzada sea quizás si los ciudadanos tienen derecho o no a salud y educación, y en todo caso como servicio transable. Implica pasar de, por un lado, realidades más centradas en lo local o regional en el intento por mantener algún socialismo “ posible” versus una economía de mercado que intentaba ponerle un tope a la población sobrante y a la desintegración social (para enfrentar justamente los avances socialistas); a, por otro lado, un capitalismo neoliberal cada vez más globalizado, que ya sin tapujos está dedicado a su “telos” profundo que es la acumulación sin límites de ganancias, vía la libre y flexible explotación del trabajo cada vez más precarizado. Implica pasar del obrero masa centrado en la cadena de producción y la fábrica como epicentro de un eje fundante de identidades a partir de más claros antagonismos, al obrero social disperso en múltiples instancias de producción y consumo en donde su rol de explotado se confunde con su “decisión” de autoexplotarse, para finalmente llegar a la ausencia total de conciencia de clase en un mundo del trabajo totalmente precarizado y fragmentado en explotados inconexos. Implica finalmente pasar de la clase a los movimientos sociales y posteriormente a las diversidades. Fórmula en la cual ambos polos de categorías aparecen como excluyentes, o por lo menos es como lo propone el corpus dominante de la intelectualidad contemporánea, sea ésta más conservadora o más progresista.

En sintonía con estos cambios regresivos recién mencionados, nos encontramos también en este presente con el desafío de delimitar con cierta especificación a la clase trabajadora. Es sin lugar a dudas una tarea un tanto más difícil que décadas anteriores, lo que a su vez significa que se vuelve también más difícil la tarea por definir un sujeto que sea aquel capaz de llevar adelante la tarea de la transformación social profunda. La lectura y la posición política debe seguir siendo clasista, a diferencia de aquellas posiciones que o bien siguen abrevando en esa difusa categoría “pueblo” o bien en la todavía más difusa, y actual, categoría de “multitud”. Por más sencillos, fáciles y accesibles que parezcan, neopopulismo y autonomismo posmoderno, asociados en mayor o menor medida con perspectivas wokes, claramente no son el camino. La clase sigue marcando el derrotero a seguir, aunque, como se dijo, la clase del trabajo se vuelve hoy cada vez más diversa, compleja y de límites difuminados.

Sin lugar a dudas la precisión de una primera definición desde el concepto marxista de clase trabajadora se visualiza en aquella fórmula “clase-que-vive-del-trabajo”. En este sentido, la clase trabajadora hoy sigue incluyendo a todos aquellos que venden su fuerza de trabajo, teniendo como núcleo central a los trabajadores productivos. Sobre este espacio social no quedan dudas. Queda comprendido en esta categoría la totalidad del trabajo social, la totalidad del trabajo colectivo asalariado y el proletariado industrial es su núcleo principal. Sin embargo, la clase que vive del trabajo engloba también a los trabajadores improductivos, aquellos cuya forma de trabajo es utilizada como servicios, ya sea para uso público o para el capitalista, son aquellos en quienes, según Marx, el trabajo es consumido como valor de uso y no como trabajo que crea valor de cambio. El trabajo improductivo

abarcía un amplio abanico de asalariados: bancos, comercios, turismo, servicios públicos, etc. y constituye en general un segmento asalariado en expansión en el capitalismo contemporáneo. Pero también, están incluidos dentro de la clase trabajadora, los que están desempleados considerando que éstos fueron expulsados del proceso productivo y del mercado de trabajo por la reestructuración del capital y que hipertrofian el ejército industrial de reserva en la fase de expansión del desempleo estructural. Esta consideración es clave por cuanto la teoría de la acción colectiva y los movimientos sociales que emergieron en las últimas décadas los consideran como un sujeto colectivo autónomo, anclándose así en perspectivas liberales o a lo sumo socialliberales. Una mayor discusión amerita los que podríamos denominar como “gestores del capital”, empleados jerárquicos que detentan la función del control del proceso de trabajo y de reproducción del capital en el interior de las empresas y que reciben ingresos elevados. Si bien una buena parte de estos mantienen algún tipo de relación salarial, pero bien arriba de la pirámide con diferencias más que importantes, y han estado en los últimos tiempos también sujetos a procesos de multifuncionalidad y flexibilización, juegan, sin embargo, tanto estructural como gerencialmente en tanto patronal, y claramente su subjetividad se encamina siempre en dirección contraria a la de la masa obrera.

Es importante ahora tomar una clara posición en términos político-ideológicos dado esta panorama de complejización y diversificación de los procesos de explotación y alienación del trabajo. Más que nunca es indispensable una perspectiva que destaque la preeminencia de la clase en tanto el sujeto eje para la transformación. Esto es así por cuanto, y a pesar de las transformaciones analizadas, la clase obrera sigue ocupando el lugar de clase explotada en la lucha de clases, y aquella clase que tiene en sus manos, por su lugar estructural, la posibilidad del cambio dialéctico de las reglas de juego. Es que la contradicción capital-trabajo sigue siendo la contradicción central y fundamental de la sociedad actual, dado que nunca ha dejado de ser una sociedad capitalista. Pero como se viene advirtiendo, clase obrera no es el trabajador industrial de mameluco, sino toda la amplia diversidad descripta y analizada. Así, lejos debemos estar de aquellas posiciones difusas que o bien se refugian en la categoría fantasma “pueblo” en tanto nuclea de manera indistinta trabajadores, pequeña burguesía, estudiantes, profesionales liberales etc., renegando de toda lectura clasista; o bien de aquella otra categoría, hija predilecta del pensamiento posmoderno, y que se grafica a partir de la entidad “multitud”, como noción ya mucho más difusa y fantasmagórica que pueblo. Cualquiera de estas, desecha toda definición clasista y se refugia en la actualidad, primero en los llamados movimientos sociales, para luego incorporar también las minorías y parcialidades que emergen a partir de las ideologías de las particularidades del individualismo social liberal. La diferencia crucial con toda posición clasista, es que tanto el populismo “revolucionario” así como el neo-autonomismo posmoderno, al despreciar la condición de clase, terminan haciendo seguidismo del progresismo y el social liberalismo. Lo que el clasismo define es justamente la independencia de clase y la demarcación de políticas para la construcción de la liberación de las clases explotadas y oprimidas. De lo que se trata precisamente es de dar vuelta las relaciones sociales y no de hacerle solo reformas.

Estas precisiones no implican, de ninguna manera, tomar ciegamente a la clase obrera como el único y absoluto sujeto portador del proceso de transformación, sino como el sujeto fundamental. Por cuanto, si bien la contradicción capital-trabajo es la fundamental, es clave considerar contradicciones complementarias (de etnia, sexo, culturales, ambientales, etc.) para así incorporar otras demandas con sus sujetos portadores, pero siempre atendiendo a la dialéctica de la lucha de clases. Esto significa que no toda demanda o protesta está necesariamente del lado de los explotados en el proceso de la lucha de clases. Ahora, lo que sí es absolutamente diáfano, es que ningún proceso de cambio hacia el socialismo puede prescindir de la clase obrera. Ésta es la condición sine qua non de todo proceso de camino hacia el socialismo.

Pero la clave del presente radica en la alta dificultad de pasar de la clase en sí a la clase para sí. Es decir de construir una conciencia de clase en un amplio sector de las masas trabajadoras para primeo aprehender su condición de explotado y alienado y desde ahí iniciar un camino hacia su liberación. Del Taylorismo a la precarización lo que se fue afinando justamente, además de las tasas de explotación y plusvalía, fue el ocultamiento de estas condiciones a las masas, a partir de complejos dispositivos ideológico-culturales, de consumo y político-económicos para alejar a la clase trabajadora de toda conciencia de clase. Neoliberalismo, que es idolatría del individualismo y posmodernismo que implica apatía e incertidumbre, minaron de manera profunda toda conciencia de proyecto colectivo de liberación.

A esto debe sumarse que la mayor parte de la izquierda se encontró perdida ante estos nuevos proyectos de dominación, desconociéndolos primero, ignorándolos después para terminar finalmente adoptando algunos de sus supuestos, de tal forma de pasar de una izquierda roja a una izquierda arco-iris. De una izquierda de la clase a una izquierda de las diversidades, minorías y parcialidades que desecha la clase como clivaje aglutinador. Por lo tanto, el desafío hoy está en el pasaje de la clase en sí a la clase para sí. Y habrá que enfrentarlo antes que nada con una renovación de la izquierda, abandonando todos los postulados posmodernos actuales para recuperar, pero en forma aggiornada a la evolución de la organización del trabajo hasta este siglo XXI, los postulados clasistas de origen que nunca debieron abandonarse.

Teniendo fundamentalmente presente todas las variantes y transformaciones que han sufrido las formas de dominación, explotación y alienación, desde el GEDIACH entendemos que el gran reto entonces es hoy volver a centrar la propuesta socialista en su eje histórico de clase. Por cuanto para la sociedad capitalista del presente, y precisamente por su carácter esencialmente capitalista, sigue claramente vigente aquella afirmación de Marx y Engels en el “Manifiesto del Partido Comunista” que sostén que “*De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado*”.

Bibliografía

- ANTUNES, Ricardo: **¿Adios al trabajo? Ensayo sobre la metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo.** Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2003.
- CASTEL, Robert: **El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo.** Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- CORIAT, Benjamin: **Pensar al revés. Trabajo y organización en la empresa japonesa.** Buenos Aires, Siglo XXI, 1992.
- DIERCKXSENS, Wier: **Siglo XXI: Crisis de una civilización.** Quito, IAEN, 2011.
- GALAFASSI, Guido: *Tribulaciones lamentos y ocasos de un tonto país imaginario. El mercado como único y último sentido posible.* **Revista Theomai**, número especial otoño 2002, pp. 125-135, Buenos Aires, Argentina.
- GALAFASSI, Guido: *Tribulaciones lamentos y ocasos de un tonto país imaginario. El mercado como único y último sentido posible.* **Revista Theomai**, número especial otoño 2002, pp. 125-135, Buenos Aires, Argentina.
- GORZ, Andre: **Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido.** Madrid, Editorial Sistema, 1997.
- GRAMSCI, Antonio: **Quaderni del carcere.** 1929-1935.
- HARVEY, David: **La condición de la posmodernidad.** Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- HOBSBAWM; Eric: **La era del capital, 1848-1875.** Barcelona, Editorial Crítica, 1998.
- IANNI, Octavio: **La formación del Estado populista en América Latina.** México, Era, 1980.
- MARX, Karl & Friedrich ENGELS: Manifiesto del Partido Comunista. 1848,
<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>
- MÜNSTER, Arno: **André Gorz o el difícil socialismo.** Buenos Aires, Nueva Visión, 2009.
- MURILLO, Susana: Construcción de hegemonía y procesos de subjetivación en el arte de gobierno neoliberal. En, GALAFASSI (comp.), **Disputas, hegemonía y subjetividad.** Buenos Aires, Extramuros Ed.-Theomai, 2019.
- MURILLO, Susana: **Posmodernidad y neoliberalismo.** Buenos Aires, Luxemburg, 2012.
- NEGRI, Toni: **Dominio y sabotaje.** Barcelona, El Viejo Topo, 1979.
- NEGRI, Toni: **Del obrero masa al obrero social.** Barcelona, Anagrama, 1981.
- SÁNCHEZ-PINILLA, Mario Dominguez: *Obrero masa – obrero social.* En, Román REYES (dir.), **Diccionario crítico de ciencias sociales.** Madrid-México, Plaza y Vladés, 2009.
- NEGRI, Toni: **Dominio y sabotaje.** Barcelona, El Viejo Topo, 1979.
- NEGRI, Toni: **Del obrero masa al obrero social.** Barcelona, Anagrama, 1981.
- SÁNCHEZ-PINILLA, Mario Dominguez: *Obrero masa – obrero social.* En, Román SENNETT, Richard: **La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo.** Editorial Anagrama, Buenos Aires, 2000.
- SZTULWALRK, Sebastián; MÍGUEZ, Pablo: *Conocimiento y valorización en el nuevo capitalismo.* **Revista Realidad Económica** nº 270, IADE, Buenos Aires, 2012.
- TAYLOR, Frederick: **Principles of Scientific Management.** 1911

GEDIACH Grupo Latinoamericano de Estudios sobre Dialéctica y Lucha de Clases

